

H. Diego Casares Vílchez, S. I.

(Dúrcal, Granada, 26/11/1930 – Málaga 11/08/2017)

Al volver de Málaga a Granada el pasado 12 de agosto, tras el funeral celebrado en la capilla de la enfermería, pensaba que Diego habría disfrutado de la celebración. En ella se habían juntado los tres amores desde los que él mismo se entendía: su familia, con la presencia de sus sobrinos, sus compañeros jesuitas y la música, gracias a la presencia de algunos miembros del Orfeón Portuense, que nos ayudaron a recordar a Diego y orar con gozo por él con los cantos con los que acompañaron la Eucaristía.



Orfeón Portuense en la puerta de la Iglesia Mayor Prioral de El Puerto de Santa María (1981)

Para Diego, la familia siempre fue algo fundamental en su vida. Desde que ha vivido en Granada, en los últimos años, acudía a su pueblo los fines de semana para verse con ellos. Durante un tiempo, mientras las fuerzas se lo permitieron, esos fines de semana le sirvieron, además, para seguir cultivando su amor a la música con la coral de la Parroquia de su pueblo. Ese afecto por su familia, se manifestaba con esa expresión tan andaluza, que a muchos nos hacía gracia cuando se refería a su hermano Manolo, “mi Manolo”, con el que mantuvo siempre una relación especial de cercanía y, por su parte, de sincera admiración hacia su hermano, con el que compartía vocación e intimidad, aunque sólo se hablaban cuando Manolo venía del Paraguay o, en los últimos años, cuando conversaban aprovechando los medios tecnológicos, con los que se atrevía. El ordenador ha sido en estos últimos tiempos su ventana al mundo, a través de él podía hablar con su hermano o

con sus sobrinos. Y con él recuperó el contacto con mucha gente de su etapa más activa. Él vivía el ordenador y el correo electrónico como una oportunidad apostólica, si bien era frecuente que fuera reclamando ayuda, porque muchas veces se liaba con las nuevas tecnologías, que pese a suponerle un gran esfuerzo para dominarlas, nunca se echó para atrás con ellas.

La Compañía de Jesús ha sido para Diego otro gran amor, pero también causa del mucho sufrimiento que él tuvo en la vida. Diego entró pensando que se ordenaría y que su vida como jesuita se iba a desarrollar como sacerdote, pero algunos trastornos psicológicos, en especial de joven, hicieron que su vocación se desarrollara como hermano. Los que le conocieron bien, saben que tanto su debilidad psicológica como estas circunstancias le hicieron sufrir. Quizás ello hacía que a veces en el trato fuera brusco en sus respuestas, en especial si alguien trataba de comentarle algo con lo que él no estaba de acuerdo. Era como si siempre tuviera la necesidad de estar protegiéndose. Él se daba cuenta de esto y sufría por ello. Pero en lo más profundo de su corazón había verdadera estima hacia sus compañeros y tenía una oración por ellos, además de su preocupación, aunque no siempre supiera demostrarlo. Ese amor a la Compañía y a su vocación, la mostró en los últimos años con su fidelidad al trabajo en la Biblioteca de la Facultad. A pesar de que muchas veces se sentía sin fuerza y cansado, rara vez fallaba y, aunque fuera un par de horas, allí estaba con humildad haciendo el trabajo que los respectivos encargados de la Biblioteca le pedían. Seguro que Fonfo Camacho puede dar buena cuenta del servicio que hizo hasta el final.

La música fue lo que más alegrías dio a Diego. En Úbeda, en los años setenta, ya colaboró en el coro de la ciudad. Pero es en El Puerto de Santa María donde funda la Coral Portuense, una escolanía y una coral juvenil, en las que va a desarrollar con gusto todas sus dotes musicales y su capacidad para dirigir estos grupos. Allí hará buenos amigos, que siempre le han mostrado su agradecimiento por lo que hizo y por la huella que dejó en ellos. Algo que a él no dejaba de sorprenderle. Al venirse a Granada, siguió con esta labor musical fundando y colaborando con varias corales en su pueblo, Dúrcal, como también en Padul y Ogíjares. El testimonio de su presencia y su canto en la Eucaristía del funeral, fue un precioso regalo que Diego seguro ha agradecido.

En los últimos años, Diego padecía de insomnio y pasaba muchas horas sin dormir. En ese tiempo, aprovechaba para ponerse en manos de Dios, aceptando con paz que la muerte podía estar cercana y le pedía a Dios que cuando Él quisiera se lo llevara, que él ya estaba preparado. Era frecuente que cuando hablaba de Dios se emocionara al punto de derramar lágrimas, como san Ignacio. En estos últimos tiempos vivía con mucha fuerza la presencia de un Dios que sentía como un Padre bueno que le amaba plenamente con toda su debilidad, que él creía que era mucha.

Ahora, junto a Dios, Diego podrá participar de los coros celestiales y seguro que se habrá animado a dirigir alguno. Y, como dice el Evangelio, estará disfrutando del banquete del reino, seguro que en esa mesa se habrá puesto en su plato de todos los manjares e imagino que sonriendo se estará deleitando con ellos.

Pablo Ruiz Lozano sj
Granada, 29 agosto 2017